LA CASA, EL HOMBRE, EL ORDEN: LOS HIMNOS NACIONALES DE CHILE

*Ana Tissera**

Universidad Nacional de Córdoba

PALABRAS CLAVE: HIMNOS, CHILE, TERRITORIO, ARAUCANÍA, REPÚBLICA

Si pensar en la escritura de un himno nacional es pensar en un diseño que fije, al menos en la letra, lo que deseamos ser, reemplazarlo es sentir que el boceto inicial ha perdido el valor de sus representaciones. El cambio implica cierta incomodidad, un desacuerdo con la primer consigna; implica creer que las transformaciones operadas en una nación requieren de otra investidura poética. Suponemos, no obstante, que en el caso de Chile, país que en la primera mitad del siglo diecinueve legitimó dos cantos nacionales, la hipótesis no funciona de manera lineal, porque el segundo himno se construye sobre los ejes de significado que asienta el primero.

El primer himno chileno, la *Canción Nacional* de Vera y Pintado corresponde al tiempo de la independencia y fue escrito en 1819 como correlato de la gesta sanmartiniana; el segundo, el actual *Himno Nacional de Chile*, fue solicitado al poeta Eusebio Lillo en el año 1847 durante el gobierno de Bulnes, cuando los signos de paz y progreso parecían haber marcado definitivamente la fisonomía del pueblo chileno. Dado que los textos corresponden a periodos históricos consecutivos pero diferenciados por sus respectivas intenciones políticas, antes de detenernos en ellos, en la proyección de sus ejes de significado, procederemos a revisar el marco de producción en que fueron gestados los respectivos discursos.

Durante el periodo de la patria vieja chilena, 1810-1814, el autor del primer himno, Bernardo Vera y Pintado, profesor de jurisprudencia, santafecino radicado en

* atissera@ffyh.unc.edu.ar

Chile, participa en la formación de la Junta de 1810.¹ Este primer gobierno cae en el año 1813, cuando las fuerzas realistas del Perú invaden el territorio chileno. Tras un año de enfrentamientos se celebra en mayo de 1814 el Tratado de Lircay, por el que se acordaba la pertenencia de Chile, en carácter de provincia, a la monarquía española. La humillante suspensión del proceso independentista que hasta entonces venía dándose de manera pacífica, provoca el levantamiento de los revolucionarios quienes, luego del desastre de Rancagua, emigran a Argentina.² Vera y Pintado se desempeña entonces en Buenos Aires, en el directorio de Alvear, y en la auditoría de guerra del ejército de los Andes en Mendoza, junto a San Martín, con quien regresa a Chile en 1817. Durante el gobierno de Bernardo de O'Higgins colabora en *La Aurora de Chile* y ocupa el cargo de director de la *Gaceta del Supremo Gobierno de Chile*. Redactó el Acta de la Independencia firmada el 2 de febrero de 1818.

Pero lo que le otorga un lugar diferenciado entre sus contemporáneos es su aficción a la poesía. Junto a Camilo Henríquez, es considerado el principal representante de la poesía chilena emancipatoria. Menéndez y Pelayo afirma que sus versos pertenecen menos al arte que a la historia de las agitaciones políticas. Agrega, no obstante, un comentario favorable a su desempeño político:

Fue uno de los pocos que se pusieron de parte de Camilo Henríquez, cuando, a consecuencia de haber llamado el ex-fraile a Voltaire, a Rousseau y Montesquieu “los apóstoles de la razón que han lanzado al averno la intolerancia y el fanatismo” saltó contra él el dominico Tadeo Silva en el *Aviso del Filósofo Rancio*, en los *Apóstoles del Diablo*, y en el *Observador Eclesiástico*. (Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana* 276-278)

¹ Antes de la constitución de la Junta, 25 de mayo de 1810, Vera fue arrestado por sospechoso con José Antonio Rojas y Juan Antonio Ovalle (Galdames, *Historia de Chile*. Caps. VIII y XIX).

² Hablamos de una batalla pacífica para referirnos a los hechos que se producen entre 1810 y 1813: el Cabildo abierto y la Junta del 18 de septiembre de 1810, primer gobierno propio de Chile, el que en 1811, ordena la elección de diputados para realizar un Congreso. Los principales protagonistas fueron Martínez de Rozas, Manuel de Salas, Bernardo O'Higgins y José Miguel Carreras. El Congreso tuvo una labor fecunda: la Junta Ejecutiva reemplazó al Consejo de Indias de España por una Corte Suprema de Justicia, suspendió las remesas de dinero que se enviaban a Perú para agentes de la inquisición en Chile y abolió la esclavitud. Durante la dictadura de Carreras se sancionó el primer reglamento constitucional, 1812.

En efecto, como señala Menéndez, la pluma de Vera hizo poesía de ocasión, comprometida con el proceso emancipatorio, pero sin ambiciones estéticas.³ Por decreto del día 19 de julio de 1819 solicitaron a Vera un poema que reflejara el sentimiento del pueblo;⁴ la composición se presentó dos meses después y mereció la aprobación del Senado. Se cantó por primera vez el 18 de septiembre de 1819, con la música del Himno Argentino. Por orden de O'Higgins fue difundida en escuelas y pueblos; se publicó en la *Gazeta Ministerial* y en *El Telégrafo*. La música, en cambio, tuvo sucesivas vacilaciones: una primer propuesta, rechazada, pertenece al peruano José Ravanete; otra, sencilla, del chileno Manuel Robles, se cantó entre 1820 y 1827; finalmente, en Londres, Mariano Egaña, juzgando a esta melodía insuficiente, pidió al catalán Ramón Carnicer una nueva composición (Valencia Avaria, *Símbolos Patrios*). Vera había muerto ese mismo año, 1827.

La figura de Eusebio Lillo aparece en el ámbito político durante la presidencia de Bulnes, el héroe de Yungay, quien había vencido a la confederación peruano boliviana en 1840. Se inicia un periodo de reconciliación y olvido que intentó superar los enfrentamientos entre pipiolos y pelucones posteriores a la caída de O'Higgins;⁵ la prosperidad económica y cultural llevó, consecuentemente, a la

³ Con motivo de la inauguración del Instituto Nacional de Chile, por ejemplo, musicalizó un programa educativo: *La patria nos convoca / Con noble y suave voz, / A rendir a las ciencias / El merecido honor... / De la sabiduría / La aurora amaneció. / No será la ignorancia / Nuestra triste divisa... / Las ciencias y las artes... / Exitan el amor... / No hay libertad sin luces... / La gran filosofía / Del error ha triunfado...* Se cantó el día 12 de agosto de 1813 (Puig, *Antología de poetas argentinos* 303-306).

⁴ El decreto decía:

Deseando su Excelencia que el aniversario del diez y ocho de septiembre se solemnice con la gloria y el decoro correspondiente, me manda encargar a Vd., como tengo el honor de hacerlo, la formación de una *Canción patriótica* análoga a la fiesta y que pueda cantarse en aquél día por distintos coros, confiando en su patriotismo y talento el pronto despacho de su encargo, para que haya tiempo de estudiarla. Dios guarde a Vd. muchos años. Joaquín de Echeverría, Ministerio de Estado, julio 19 de 1819. (Puig, *Antología de poetas argentinos* xxx)

⁵ El gobierno de O'Higgins (1818-1823) quien creía en la lenta madurez de la república virtuosa, proyectó importantes reformas en el ámbito social y educativo, pero suscitó, por el autoritarismo de sus prácticas, la reacción de quienes veían en el federalismo estadounidense un modelo político:

revisión de los emblemas que representaban la tradición, entre ellos, la *Canción Nacional* de Vera. Dos aspectos fueron cuestionados en el canto: por un lado la agresividad hacia los españoles, quienes tenían fuertes intereses comerciales en Chile, y con quienes se había celebrado un tratado amistoso el 26 de septiembre de 1845;⁶ por otro lado, la desincronía entre la incipiente imagen de país que ofrecía el himno original y la pujanza con que la generación romántica del 42 en Chile, —Victorino Lastarria, José Joaquín Mora, García del Río, Miguel y Luis Amunátegui, Andrés Bello, Domingo F. Sarmiento— debatía acerca de la posible identidad y organización de los nuevos estados.

Lillo había ingresado a la historia literaria de Chile en 1846, cuando su nombre fue incluido en la *América Poética* del argentino Juan María Gutiérrez. La antología del colombiano Torres Caicedo, *Ensayos biográficos y de crítica literaria* (283-302), y el estudio del chileno Miguel Amunátegui, *Juicio crítico sobre algunos poetas hispanoamericanos* (112-132), le dedicaron también un buen número de páginas. Fue discípulo del federalista José Miguel Infante, colaboró luego con el liberal Victorino Lastarria en la *Revista de Santiago*, en *El Progreso*, y con Francisco Bilbao, fundador del órgano socialista la Sociedad de la Igualdad, en *El Timón*, *La Barra*, y *El amigo del pueblo*. Liberales e igualitarios se unieron entonces —infructuosamente— contra el elegido de Bulnes, Manuel Montt. Por su actitud contestataria Lillo fue desterrado a Valdivia, donde se vinculó a la araucanía, y, posteriormente, a Perú. La amnistía de 1857 le permitió volver, pero regresó definitivamente a Lima en 1859.

Quizá porque el joven Lillo en 1847 —tenía 20 años— no parecía aún involucrado con las facciones políticas que enemistaban a la población chilena, le

entre liberales y conservadores, entre pipiolos y pelucones se prolongan hasta 1830, año en que el dominio de Diego Portales (1830-1837) puso fin a las revoluciones internas y orientó la tarima del régimen conservador.

⁶ “Don Salvador de Tavira, el encargado de negocios de España, no podía tolerar que en las fiestas de septiembre, aniversario de la independencia de Chile, se recordase en los cantos patrióticos y en las inscripciones que se ponían en las plazas y paseos los nombres de los patriotas y de las victorias que nos habían dado la libertad. En septiembre de 1847 se trasladó a Valparaíso para no asistir a las solemnidades oficiales, y para no izar bandera en la Legación... Tavira dio cuenta de todo esto al Ministerio de Estado de Madrid ... Se sabe que el gobierno de Chile llevó su complacencia hasta la sustitución de la antigua canción nacional por otra de paz” (Barros Arana, *Un decenio de la historia de Chile*. 480, citado por Gabriel Montserrat, *El poema del Himno Nacional Argentino* 55-56). Los acuerdos de paz con Argentina tienen también intereses económicos, se dan cuando Buenos Aires se constituye como cabeza institucional del país, en 1863.

fue solicitada la reescritura del himno. Esta segunda versión mantuvo el coro de la primera, aunque el poeta intentó cambiarlo.⁷ El resto del texto, aparentemente, difiere; busca atenuar el carácter bélico y se deja llevar por el idílico clima de paz que vivía Chile a mediados de siglo. Por decreto del 12 de agosto de 1909 se fijan los términos definitivos de este manuscrito con la música de Carnicer. Fue refrendado en 1947.

1- Lectura de los textos

Revisamos ahora las representaciones propuestas por cada uno de los himnos chilenos en el periodo que va desde la independencia hasta mediados del siglo diecinueve. Hemos creído conveniente realizar una lectura paralela de ambos textos, pues, suponemos, este procedimiento permitirá establecer correspondencias entre sus ejes semánticos y observar las variables que presentan de un texto al otro.

Comenzamos por la estrofa compartida: el coro. Estos versos dan a los poemas carácter de obra dramática. Al correrse el telón aparece la *dulce patria* y el pueblo se inclina, jura morir por ella o defenderla de posibles agresores. La conjunción disyuntiva “o” dice de una relación amorosa inestable, amenazada, pues tanto la *libertad* como la *opresión* son, en 1819 y en 1847, realidades posibles, conjeturas. Al desarrollo de esta dicotomía concurren los versos de cada himno. Para el análisis tendremos en cuenta el modo en que se estructuran y la proyección histórica de sus significados

Canción Nacional de Chile, 1819, Letra de B.Vera y Pintado.Música de R. Carnicer

*Dulce patria, recibe los votos
Con que Chile en tus aras juró
Que o la tumba será de los libres
O el asilo contra la opresión*

⁷ *Libertad, invocando tu nombre / la chilena y altiva nación, / jura libre vivir de tiranos / y de extraña, humillante opresión* (Valencia Avaria, *Los símbolos patrios* 64).

Ciudadanos el amor sagrado
De la patria os convoca a la lid.
Libertad es el grito de alarma,
La divisa: triunfar o morir.
El cadalso o la antigua cadena
Os presenta el soberbio español...
Arrancad el puñal al tirano;
Quebrantad ese cuello feroz!

Habituarnos quisieron tres siglos
Del esclavo a la suerte infeliz;
Que al sonar de sus propias cadenas,
Mas aprende a cantar que a gemir.
Pero el fuerte clamor de la patria
Ese ruido espantoso acalló,
Y las voces de la independencia
Penetraron hasta el corazón.

En sus ojos hermosos la patria
Nuevas luces empieza a sentir,
Y observando sus altos derechos
Que ha incendiado en ardor juvenil,
De virtud y justicia rodeada,
A los pueblos del orbe anunció
Que con sangre de Arauco ha firmado
La gran carta de emancipación.

Los tiranos, en rabia encendidos,
Y tocando de cerca su fin,
Desplegaron la furia impotente
Que aunque en vano, se halaga en destruir.
Ciudadanos, mirad en el campo
El cadáver del vil invasor...
¡Que perezca ese cruel que sepulcro
Tan lejano a su casa buscó!

Esos valles también ved, chilenos,
Que el eterno quiso bendecir,
Y en que ríe la naturaleza
Aunque ajada de un déspota vil.
Al amigo y al deudo más caro
Sirven hoy de sepulcro y honor
Mas la sangre del héroe es fecunda,
Y en cada hombre cuenta un vengador

Del silencio profundo en que habitan
Esos mares ilustres, oíd,
Que os reclaman venganza, chilenos,
Y en venganza a la guerra acudid.
De Lautaro, Colocolo y Rengo
Reanimad el nativo valor,
Y empeñad el coraje en las fieras
Que la España a extinguirnos mandó.

Esos monstruos que cargan consigo
El caracter infame y servil,
¿Cómo pueden jamás compararse
con los héroes del cinco de Abril?
Ellos sirven al mismo tirano
Que su ley y su sangre robó;
Por la patria nosotros peleamos
Damos vida, riquezas y honor.

Por el mar y la tierra amenazan
Los secuaces del déspota vil;
Pero toda la naturaleza
Los espera para combatir;
El Pacífico al sud y occidente,
Al oriente los Andes y el Sol,
Por el norte un inmenso desierto,
Y en el centro libertad y unión.

Ved la insignia con que en Chacabuco
Al intruso supisteis rendir,
Y el augusto tricolor que en Mayo
En un día de triunfo os dio mil;
Vedle ya señoreando el océano
Y flameando sobre el fiero león;
Se estremece a su vista el ibero,
Nuestros pechos inflama el valor.

Ciudadanos, la gloria presida
De la patria el destino feliz,
Y podrán las edades futuras
A sus padres así bendecir.
¡Venturosas mil veces las vidas,
Con que Chile su dicha afianzó!
¡Si quedase un tirano, su sangre
De los héroes estriba el blasón!

Himno Nacional de Chile

Eusebio Lillo, 1847

Música de Ramón Carnicer

Coro de Bernardo Vera y Pintado

*Dulce patria, recibe los votos
Con que Chile en tus aras juró
Que o la tumba será de los libres
O el asilo contra la opresión*

Ha cesado la lucha sangrienta
Ya es hermano el que ayer invasor,
De tres siglos lavamos la afrenta
Combatiendo en el campo de honor.
El que ayer doblegábase esclavo,
Libre al fin y triunfante se ve,
Libertad es la herencia del bravo;
La victoria se humilla a su pie.

Alza Chile, sin mancha la frente;
Conquistaste tu nombre en la lid;
Siempre noble, constante y valiente
Te encontraron los hijos del Cid.
Que tus libres tranquilos coronen
A las artes, la industria y la paz,
De tus triunfo cantares entonen
Que amedrenten al déspota audaz.

Vuestros nombres, valientes soldados
Que habéis sido de Chile el sostén,
Nuestros pechos los llevan grabados...
Los sabrán nuestros hijos también.
Sean ellos el grito de muerte
Que lancemos marchando a lidiar,
Y sonando en la boca del fuerte,
Hagan siempre al tirano temblar.

Si pretende el cañón extranjero
Nuestros pueblos osado invadir
Desnudemos al punto el acero
Y sepamos vencer o morir
Con su sangre el altivo araucano
Nos legó por herencia el valor,
Y no tiembla la espada en la mano
Defendiendo de Chile el honor.

Puro, Chile, es tu cielo azulado.
Puras brisas te cruzan también
Y tu campo de flores bordado
Es la copia feliz del Edén.
Majestuosa es la blanca montaña
Que te dio por baluarte el Señor
Y ese mar que tranquilo te baña
Te promete futuro esplendor.

Esas galas, ¡oh! Patria, esas flores
Que tapizan tu suelo feraz,
no las pisen jamás invasores;
con su sombra las cubra la Paz.
Nuestros pechos serán tu baluarte,
Con tu nombre sabremos vencer,
O tu noble y glorioso estandarte
Nos verá, combatiendo, caer.

Estructura escénica

En el himno de Vera y Pintado actúan tres personajes: la voz del hombre ilustrado, los ciudadanos a quienes habla, y los argumentos de la convocatoria. El poema se

organiza en cinco secuencias de dos estrofas cada una. La primera invita a liberar la patria de la tiranía española. La segunda vislumbra el nacimiento de la república dotada del saber ilustrado —*luces, derechos, virtud, justicia*— y de la *sangre* araucana, imagen que aniquila a la fuerza invasora. La tercera se detiene en el silencio del campo de batalla donde la sangre aborígen —*Lautaro, Colócolo y Rengo*—⁸ germinará y devolverá las agresiones sufridas. La cuarta enaltece la figura de los *héroes del cinco de abril* frente a la hibridez de los íberos, invasores / invadidos, voceros del emperador Napoleón; de esta manera, observamos, el binomio *naturaleza / araucanía* de la secuencia anterior se transforma en la dupla *territorio / soldados*, frente contestatario que legitima el espacio jurisdiccional de Chile. Las dos últimas estrofas conforman la quinta secuencia: el símbolo, la *enseña* de Maypo, llevará a la *gloria*, a la nación constituida.

La escena que evoca el texto de Lillo representa el segundo capítulo en la historia cívica de Chile. Indicios tales como *Ha cesado la lucha sangrienta, ya es hermano el ayer invasor*, afirman la distancia temporal respecto a los sucesos de la independencia. El papel de los actores ha cambiado: España no es más enemiga de Chile, no más guerra, no más sometimiento. La voz conducente del relato no es la autoridad del saber ilustrado sino un yo plural, un *nosotros*, el pueblo chileno, quien se dirige a una segunda persona, *Chile*, la nación que se desea construir. Los *chilenos*, pues, hablan a *Chile*, se miran a sí mismos, lo que fueron, lo que son, lo que desean ser. El poema se organiza alrededor de tres secuencias, cada una de ellas también formada por dos estrofas. La primera corresponde al presente histórico que ostenta la certeza de la libertad alcanzada. La segunda, como en el poema de Vera, remite al pasado heroico de Chile, al reconocimiento de la fuerza araucana en la acción emancipatoria. La tercera y última apela también al valor del símbolo: la bandera recibe el juramento *vencer o morir*; sólo que aquí, al mejor estilo romántico, la *Paz* de la *Patria* —con mayúscula— brota de una tierra *edénica*.

⁸ Lautaro, Colócolo y Rengo fueron caudillos araucanos. Capturado en 1530 por los españoles, Lautaro aprendió de ellos técnicas de lucha. Consiguió huir; entre 1553 y 1557 llevó a cabo numerosos ataques contra los conquistadores. Colócolo, el Gato Montés (1515-1565), tuvo un lugar destacado en la batalla de Tucapel, 1553; sobrevivió a sus pares. El primero que los menciona es Alonso de Ercilla y Zúñiga en *La Araucana*.

Ejes semánticos

Se trata de producciones poéticas diferenciadas por sus respectivas condiciones históricas, la emergencia emancipatoria y la estabilidad portaliana iniciada en 1830; y se trata de dos figuras con trayectorias diferentes: Vera y Pintado era el poeta cívico por excelencia, director de la *Gaceta del Supremo Gobierno de Chile*, redactor del Acta de la Independencia de 1818; Lillo, en vez, por su corta edad, ocupaba un sitio aleatorio dentro del estado de bienestar que consagró en 1840 al héroe de Yungay como presidente. En suma, podría decirse que, si para el pensamiento ilustrado el poema debía ser una arma de batalla igualmente combativa, para los románticos de mediados de siglo interesaba sólo que el canto engalanara la prosperidad adquirida sin acusar los conflictos del pasado.

La lectura de los textos, sin embargo, desbarata el planteamiento. Porque, aunque un lenguaje se inscribe dentro de la retórica neoclásica —*glorias, triunfos, héroes, clamores, blasones*— y otro incorpora figuras del romanticismo —*flores, Edén, brisas, sombras, pechos*—; aunque aunque uno se dirige la imagen de España en un caso y reconstruirla en otro; aunque uno se dirija a una *patria* incipiente y otro a una *Patria* consagrada, los dos himnos fundan la identidad chilena sobre la base de tres núcleos problemáticos: a) la conciencia territorial, b) la presencia de la araucanía y c) el régimen político que los ordenará.

a) La cuestión territorial se describe con precisión en el poema de Vera —*el Pacífico al Sud y occidente, al oriente los Andes y el Sol*— y parece diluida en la perspectiva romántica del poema de Lillo, *la blanca montaña... ese mar que tranquilo te baña...* Pero, de una manera u otra, en ambos está presente el esfuerzo de Chile por lograr que su existencia natural coincida con su existencia jurisdiccional.

El primer diseño geográfico político de Chile es resultado de la exploración realizada por Pedro de Valdivia entre 1540 y 1553, desde el despoblado de Atacama hasta las selvas australes; el territorio le fue adjudicado por la Real Cédula de 1552; la Cédula de 1554 extendió las fronteras hasta el Estrecho de Magallanes. En 1844, como consecuencia del Tratado de Paz y Amistad celebrado con España, la reina Isabel II, al despedirse de su antigua colonia, confirmó los límites señalados por Valdivia al emperador Carlos V:

Su majestad católica ... reconoce como nación libre, soberana e independiente a la República de Chile, compuesta de los países especificados en su ley

Constitucional, a saber: todo el territorio que se extiende desde el Desierto de Atacama hasta el Cabo de Hornos, y desde la Cordillera de los Andes hasta el mar Pacífico, con el Archipiélago de Chiloé y las islas adyacentes a la costa de Chile. (De Ramón, *Breve historia de Chile* 19)

Valdivia, en realidad, no había llegado al estrecho de Magallanes, pues fue muerto en la batalla de Tucapel en 1553, de modo que la concesión contemplaba además de las zonas conquistadas las áreas inexploradas del sur.

Por ello el primer objetivo de los gobiernos que sucedieron a la era portaliana fue consolidar las tierras otorgadas. Comenzaron por atender el valle central, donde predominaba la sangre peninsular y donde se había trasladado el hábito regionalista de las autonomías españolas (Espinosa Moraga, *El aislamiento de Chile* 18). La colonización española en Chile abarcaba, empero, sólo una tercera parte del actual territorio: Copiapó, Concepción, Valdivia y sus alrededores y, al sur, la isla grande de Chiloé, recuperada en 1826. En esta zona se realizó la más importante actividad agrícola de Chile, el trigo, producción que desarrolló la economía exportadora del país; en función de ella se construyeron entre 1857 y 1875 líneas de ferrocarril que unieron las ciudades de Santiago, Valparaíso, Talca, Rancagua, Concepción, Talcahuano, Chillán, Santa Fe.

La segunda etapa se ocupó del sur, de los sitios abandonados o entregados a grupos indígenas no dominados, como los mapuches. El sur mantuvo hábitos nómades y poco contacto con las culturas andinas. Conquistarlo era una tarea de coloniaje interno demasiado ajena a las necesidades del primer gobierno independiente; no fue sino hasta la segunda mitad del siglo diecinueve que el gobierno chileno comenzó a expoliar las tierras aborígenes. Aunque las tierras australes habían despertado interés científico a finales del siglo dieciocho, eran consideradas como no pertenecientes a país alguno; recién en 1844, ante el temor de que fueran usurpadas como sucedió con las islas Malvinas en 1833, Bulnes decide emprender una expedición al estrecho de Magallanes. Entre 1848 y 1875 se puso en marcha un proyecto para que las tierras fueran habitadas por familias alemanas, las que se asentaron en la zona de Valdivia y Puerto Montt. Esta ocupación, considerada exitosa, difiere del proceso que se vivió durante la llamada “pacificación de la araucanía”, hecho que se produjo gradualmente desde 1860 hasta que, en 1881, con la explotación aurífera y la colonización ganadera de Boquerón, al modo de la conquista del desierto ocurrida en Argentina en 1879, se realizaron indiscriminadas matanzas. De inmediato se procedió a expropiar las tierras y a extender la línea del ferrocarril para asegurar

la paz y el trabajo en las nuevas tierras fiscales (De Ramón, *Breve historia de Chile* 80-97).

La tercer etapa fue el ordenamiento del territorio en el norte del país. Se conoce como segunda guerra del Pacífico, 1879-1883, para oponerla a la primera, la que entre 1837 y 1839, por iniciativa de Diego Portales, derrotó a la confederación peruano boliviana. Esta segunda guerra modificó el mapa político de América del Sur: Bolivia perdió Antofagasta; Perú la provincia salitrera de Tarapacá, Arica y Tacna, aunque esta última, por arbitraje de Estados Unidos, fue devuelta a Perú en 1929.

Nótese que la única zona del territorio chileno que se mantuvo al margen de las discusiones limítrofes fue el centro, el área colonizada por los españoles.

b) Fuerte es también en ambos poemas la presencia de la *naturaleza* como constructora de seres nobles y fuertes: los de la tradición araucana y los actores de la independencia. El Acta fue firmada con *sangre de Arauco*, dice Vera; Lillo actualiza el patrimonio al afirmar que *Con su sangre el altivo araucano / nos legó por herencia el valor*. Las evocaciones corresponden a dos etapas de la araucanía: 1810-1830, el proyecto inclusivo de la independencia; y 1830-1850, la dilución de las leyes igualitarias impulsadas por la ilustración y el consecuente retorno a los mecanismos de relaciones fronterizas existentes desde el tiempo colonial, principalmente parlamentos y misiones. Esto significa que, hasta mediados de siglo, los habitantes naturales del sur de Chile, los mapuches, vivieron de manera autónoma, sin integrarse al proceso republicano en curso, con escaso contacto pero en convivencia pacífica con el nuevo gobierno.⁹

Los independentistas proclamaban la integración de la araucanía, pensaban que debían tener los mismos derechos y obligaciones que el resto de la población chilena.

El sistema liberal que ha adoptado Chile —decía O'Higgins—, no puede permitir que esa porción preciosa de nuestra especie, continúe en tal estado de abatimiento. Por tanto declaro que, para lo sucesivo, deben ser llamados ciu

⁹ El pacto de convivencia había comenzado en el siglo xvii, cuando el mundo europeo, acorralado por la resistencia mapuche y atento a las minas de Potosí, decide respetar la organización indígena. Durante un largo periodo las poblaciones indígenas no son acosadas; esto ocurre en el sur de Chile, en la frontera del Bio Bio. (Pinto Rodríguez, *De la inclusión a la exclusión* 16)

dadanos chilenos y libres como los demás habitantes del Estado con quienes tendrán igual voz y representación concurriendo por sí mismos a celebrar toda clase de contratos, a la defensa de sus causas, a contraer matrimonios, a comerciar, a elegir las artes a que tengan inclinación, y a ejercer la carrera de las letras y las armas. (Bando Supremo del 4 de mayo de 1819. José Bengoa, *La emergencia indígena en América Latina* 180)

Convivencia pacífica, pues, significaba adaptación, acatamiento del horizonte cultural que movió a los libertadores. En una carta de O'Higgins dirigida a Prieto, en 1830, se lee: "Después de la independencia de nuestra patria ningún acontecimiento podría darme mayor satisfacción que presenciar la civilización de todos los hijos de Chile" (Carta de O'Higgins a J. Prieto, Lima, 24 de octubre de 1830. Pinto Rodríguez, *Epistolario de D. Bernardo O'Higgins, 1823-1842. De la inclusión a la exclusión* 47). Pero la ilusión no llegó a materializarse, porque la igualdad ante la ley, la libertad de comprar y vender las tierras, condujo a la enajenación de todas las propiedades de los indígenas, dado que los araucanos carecían de la estrategia comercial necesaria para competir con los criollos.¹⁰

El pragmatismo pacificador iniciado en 1830 con el régimen portaliano no insiste, como los independentistas, en el discurso integrador. Con estas libertades, o con esta indiferencia, puesto que poco aportaba la imagen araucana al ideario de los años cuarenta, la comunidad indígena recupera su original sistema organizativo: los parlamentos. Esta modalidad, legitimada en el siglo dieciocho por los españoles, consistía en la elección de 'interlocutores válidos', de linaje, a través de los cuales los aborígenes negociaban los problemas fronterizos.¹¹ La

¹⁰ Un reclamo indígena de 1874 dice "Pomaire, cuna de tribus indias, vieron sus dueños arrebatados violentamente sus propiedades mediante usurpaciones completamente injustificadas. Este proceder tolerado mediante la ignorancia i carencia de recursos de las víctimas de estos despojos, amenaza, no obstante, perpetuarse. Nuestros continuos reclamos son vencidos por el derecho del más fuerte i de más influencia" (Ximena Valdés y Paulina Matta, *Oficios y trabajos de las mujeres de Pomaire* 25. En José Bengoa *La emergencia indígena en América latina* 188). José Bengoa considera que esta visión romántica de los indígenas pretendía encontrar el 'tiempo dorado' americano oscurecido durante la Colonia; de ahí la incorporación del legado prehispánico a las canciones nacionales que, "de poéticas y ahistóricas se han transformado en no creíbles y falsas. El 'amor a la Patria' cantado en los himnos militares conlleva el amor a los orígenes de la Patria. Pero nada más" (191).

¹¹ El Origen del sistema data del siglo diecisiete. El pacto llegó a dar equilibrio a la relación entre cobrizos y metropolitanos, fue una tregua a la guerra que, luego del arribo de Pedro de Valdivia, había diezmando durante cien años la población que habitaba al sur del río Bio Bio (Ximena Valdés y Paulina Matta, *Oficios y trabajos de las mujeres de Pomaire* 183).

práctica implicaba el reconocimiento de que en Chile existía una nación dentro de otra, comunidades diferentes que necesitaban distintas legislaciones; pero también significaba admitir que la comunidad araucana se adecuaba mejor al modelo español que al programa de la incipiente república chilena.

El hecho conduce al desgaste de la política de inclusión. A partir de 1850 se precipita la ocupación de las tierras araucanas situadas al sur del Bio Bio; se inicia un violento proceso que desintegrará el espacio fronterizo custodiado hasta entonces los parlamentos.

c) Respecto a los indicios que permiten ver los poemas como la continuidad de un orden republicano, observamos que, en este punto, la correspondencia semántica se dificulta. No parece, a simple vista, haber líneas claras de entendimiento entre el imaginario político del poema de Vera y el que construye Lillo. Para aproximarnos a ellos nuestra lectura partirá de las connotaciones que rodean a sus respectivos núcleos programáticos: el modelo de *ciudadano virtuoso* en el primer caso, y el estado de *arte, industria y paz* que, a menos de 30 años de la independencia, ostenta el segundo texto.

En el primer himno la palabra *ciudadanos* se repite tres veces, en tres funciones diferenciadas. En la primera estrofa es objeto del verbo transitivo *convocar*; en la tercera estrofa se desempeña como sujeto activo de la contienda bélica; y en la última estrofa no es ni objeto ni sujeto, porque el estado utópico de la *gloria* subsume a la función ciudadana. El desplazamiento exige revisar las distintas acepciones del término en el origen de las repúblicas occidentales.

En el mundo antiguo la palabra ciudadano tuvo una doble dimensión: Por un lado dio grado de existencia política a quienes tenían voz y voto en las deliberaciones públicas, a quienes tenían la capacidad de resistir ante la interferencia arbitraria de otros; por otro, exigió en ellos resistencia interior ante el “enemigo” que todos llevamos dentro. La idea proviene de la tradición aristotélica, donde ciudadanía y virtud, participación en la *polis* y autogobierno, fueron condiciones constitutivas de la república. Para llegar a ser uno e indivisible, individuo *encrático*, era preciso regular los conflictos personales; del mismo modo, para organizar políticamente una nación, se imponía el seguimiento de metas que atendieran no sólo las necesidades del grupo sino también el control de los elementos *acráticos*. Lograr, en fin, una relación simétrica entre el trato con uno mismo y el trato con los demás. A la exigencia de libertad, al estar fuera de cualquier tipo de

sometimiento, se añadía entonces la necesidad de ser consecuente con nuestros propios deseos (Antoni Doménech, “Individuo, comunidad, ciudadanía”).

La condición ciudadana estructura la organización social de España y Francia en el siglo dieciocho. El *Diccionario de autoridades*, 1726, dice que “ciudadano es el vecino de una ciudad que goza de sus privilegios y está obligado a sus cargas, no relevándole de ellas alguna particular exención”. El dato coincide con el estudio de Brunot, quien sostiene que, hasta la cuarta década del siglo dieciocho, *citoyens* estuvo despojado de sentidos revolucionarios; se asociaba a la función de vecino, de persona honrada, de cabeza de familia con ingreso considerable. Durante la segunda mitad del siglo se le atribuyeron ciertos derechos y obligaciones comunitarias; de esto da fe la *Encyclopédie*, 1763, donde se lee que *citoyen* es el “miembro de una sociedad libre de varias familias que comparten los derechos de esa sociedad y sus franquicias” (Ferdinand Brunot, *Histoire de la langue française des origines à 1900* 140. nota 4). A partir de entonces, urgida por los hechos que desembocan en la revolución francesa de 1789, la función ciudadana se liga a la discusión sobre los Derechos del Hombre que llevaron a cabo Voltaire, Turgot, Mirabeau, Condorcet. Esta es la idea que asimilan los actores de la independencia en la América hispana.

El minucioso trabajo de Vicente Oieni, “Imaginar al ciudadano virtuoso” (91-112), afirma que en la zona del Plata la palabra ciudadano, en su acepción revolucionaria, fue adoptada junto a un marco de liturgias e importaciones simbólicas —*patria, pueblo, gloria*— que la elite criolla buscó para fortalecer la fragilidad de las nuevas naciones. El término fue sinónimo de hombre libre, de individuo no vasallo ni súbdito. Por oposición a la idea de vecino, categoría medieval que designaba al cristiano y sumiso miembro del cabildo, la palabra ciudadano aludió durante el tiempo emancipatorio al hombre no religioso proclamado por las revoluciones modernas de Estados Unidos, Francia y España. Se incorporó como herramienta de combate en proclamas, decretos y reflexiones políticas; concentró diversos significados pero, fundamentalmente, estuvo asociado a la idea de posesión de una nueva identidad americana. Los movía la certeza de que comenzaba una era trascendente cuyas normas, basadas en la razón y en la perspectiva de una justicia universal, debían ser creadas por la sabiduría y la experiencia de los miembros ilustres de la sociedad. De esta manera el mérito y la virtud llegaron a ocupar el sitio que hasta entonces pertenecía al honor y al linaje. El ciudadano se convirtió en soldado de una elite cuyas consignas —*dignidad, justicia, libertad, igualdad, fraternidad, generosidad*— fundaron el diseño moral, el horizonte de expectativas de la independencia.

El programa político que subyace al texto de Lillo, dijimos, se lee en el paradigma asentado en la segunda estrofa: *las artes, la industria y la paz*. El hecho se presenta como la natural consecuencia de las metas planteadas por la generación anterior y como puntual expresión del debate que llevaron a cabo los románticos del 42 en Chile: Andrés Bello, García del Río, Victorino Lastarria, Sarmiento.

En verdad, no resulta difícil adscribir el poema de Lillo al proyecto de país que Bello impulsaba en los años cuarenta. Ya en 1836 destacaba las bondades del orden pacificador que se había logrado en Chile con el régimen portaliano:

Durante este periodo de transición es verdaderamente satisfactorio, para los habitantes de Chile, ver que se goza en esta parte de la América una *época de paz* que, ya se deba a nuestras instituciones, ya al espíritu de orden que distingue el carácter nacional, ya a las lecciones de pasadas desgracias, ha alejado de nosotros las escenas de horror que han afligido a otras secciones del continente americano. (Andrés Bello, “Las repúblicas hispanoamericanas”)

Y en 1843, con motivo de la creación de la Universidad, pronunció un discurso donde asentaba los principios que debían regir a esa casa de estudios:

La *utilidad práctica*, los resultados positivos, las mejoras sociales, es lo que principalmente espera de la Universidad el gobierno”, “La Universidad no confundirá las aplicaciones prácticas con la fe de un empirismo ciego... los conocimientos generales hacen más claros y precisos los conocimientos particulares... Es preciso, decía Goethe, que el *arte* sea la regla de la imaginación y la transforme en poesía. (Andrés Bello, *El Araucano*, énfasis mío)

Advertimos en estos discursos, en el pronunciamiento político del venezolano y en la visión cívica de la poesía de Lillo, la coexistencia de dos perspectivas filosóficas, la romántica y la positivista: la de un tiempo que reivindicaba la amplitud del conocimiento y la de otro que exigía concisión y direcciones pragmáticas.

Pero otra lectura viene al caso; se trata de la apropiación que del paradigma *arte, industria, paz* realizó en los años cincuenta el socialista Francisco Bilbao, en cuyas filas militó el autor del segundo himno.¹² El fragmento que recortamos

¹² Francisco Bilbao vivió entre 1823 y 1865. Sus obras más importantes son *El Evangelio Americano* y *La América en peligro*. En esta última se pronuncia contra las invasiones a México de Estados Unidos y Francia, ocurridas en 1847 y 1861.

pertenece al proyecto presentado en París, 1856, ante un buen número de representantes de naciones hispanoamericanas:

Hay manifestaciones diferentes pero no hostiles de la actividad del hombre. Reunirlas, asociarlas, darles unidad, es el deber. La ciencia y la *industria*, el *arte* y la política, la filosofía y la naturaleza deben marchar de frente, así como en el pueblo deben vivir inseparables todos los elementos que constituyen la soberanía: el *trabajo*, la *asociación*, la *obediencia* y la soberanía indivisibles. Por eso no despreciaremos sino que incorporaremos todo aquello que resplandece en el genio y en la vida de la América del Norte.¹³

Una relación comparativa de estos testimonios permite inferir dos dimensiones en torno al orden republicano propuesto. A juicio de Bello, Chile es el único país hispanamericano que en los años cuarenta ha logrado sincronizar estabilidad política con productividad intelectual; en consecuencia, considera imperioso que el conocimiento se desplace desde el ámbito académico a la vida social, pero, aclara, las razones empíricas deben siempre estar controladas por las razones estéticas. El fragmento de Bilbao, en vez, no tiene respaldo institucional; tampoco escinde las bondades materiales de las espirituales; sólo expresa un deseo: que en la América toda, bajo el principio de asociación, confluyan los avances científicos y el bienestar de la comunidad. El discurso de Bello, entendemos, afirma el principio de nacionalidad; el de Bilbao aspira a la unidad de un continente. Ambos, sin embargo, reconocen una misma falencia: que el mundo de la ciencia, el del arte y el de la política se encuentran en esferas diferenciadas de la sociedad.

Un hecho histórico contribuye a aclarar la brecha de tensiones y programas que acuciaron los años cincuenta en el siglo diecinueve. Nos referimos a las revoluciones ocurridas en Francia y en un buen número de países europeos en el año 1848, hechos presenciados por Francisco Bilbao. La primera etapa de la revolución, en la que participó el poeta Lamartine, dejó un saldo positivo, la universalización del sufragio; pero esta misma conquista resultó ser la causa de su inmediato fracaso, pues el derecho a voto generalizado potenció también la acción de los intereses regionales y conservadores, y el consecuente derrumbe

¹³ Discurso pronunciado en París el 24 de junio de 1865, en ocasión de reunirse los representantes de América del Sur en vistas a lograr la realización de un sistema confederado de naciones, el que, en su momento, había propuesto Bolívar. En este mismo texto denuncia la amenaza de dos imperialismos simétricos: el de Estados Unidos y el de Rusia, el individualismo y la barbarie absolutista (*Francisco Bilbao, Iniciativa de la América, Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas*).

del paradigma republicano de 1789.¹⁴ Los franceses, por tanto, aceptaban la revolución política pero no su correlato: la revolución social. A partir de entonces la ideología liberal positivista insistió en el progreso individual de las naciones, y la ideología comunitaria, marxista, en la conformación de estructuras económicas que garantizaran el crecimiento de la humanidad.¹⁵ A la salida liberal responde el pensamiento de Bello; a la iniciativa marxista las acciones de Bilbao.

¿A qué línea republicana adhiere entonces el poema de Lillo? ¿Cómo se explica su participación en ambas direcciones políticas, el liberalismo de los años cuarenta y la alternativa socialista que se abre en Chile en los años cincuenta? Una razón de peso es la edad de Lillo cuando le fue solicitada la escritura del segundo himno. Se diría que la adolescente simpatía que profesó por el federalismo de Miguel Infante lo llevó a interesarse por el programa romántico, pero luego, acorde a los cambios operados en el horizonte político europeo, apoyó la causa liderada por el socialista Francisco Bilbao. Dejamos la conjetura y vamos una razón “póstuma”, posterior a la génesis de los cantos; vamos al reconocimiento que, en 1858, Lillo expresa por la generación que lo precedió; reconocimiento por los hombres de la independencia y dura autocrítica con los hombres del periodo de organización nacional:

*Mil ochocientos diez, ¡año de gloria!
Levántate del fondo del pasado,*

¹⁴ Las revoluciones del 48 fueron protagonizadas por todos los países de Europa, sólo dispensó dos imperios, Rusia e Inglaterra. La trascendencia del hecho fue, como la revolución francesa de 1789, supranacional. Pero las condiciones históricas eran distintas: entre 1815 y 1848 la revolución industrial había creado un proletariado que se sumaba al reclamo de los campesinos de 1789. Sobre un total de treinta millones de habitantes seis millones eran obreros. El socialista Ledru Rollin y el poeta católico Lamartine impulsaron con éxito la universalización del sufragio —un triunfo moral y un error político—, que condujo al poder a la burguesía reaccionaria conservadora. Los reclamos de Blanc y Blanqui, junio de 1848, fueron duramente sofocados. El régimen republicano muere en 1851, con el golpe de Estado de Napoleón III.

¹⁵ De los textos que anunciaron los disturbios de 1848 ninguno es tan célebre como el *Manifiesto comunista*, 1847, firmado por Karl Marx y Friedrich Engels. Sin embargo sus autores no mencionan al nacionalismo, las fuerzas que seguían al modelo del pasado. Los pueblos de Europa querían sistemas constitucionales que completaran el programa de 1789, pero también aspiraban a la preservación étnica. El nacionalismo, la fuerza de las identidades individuales, se impuso sobre toda aspiración de comunidad (Alfredo Grieco y Bavio, “Las revoluciones del 48 son mucho más que un eco”).

*y ven hoy que te evoca la memoria
de sangrientos laureles coronado.*

.....
*Ellos un triunfo espléndido alcanzaron
en la batallas exponiendo el pecho...
y de esa libertad que nos legaron,
los que después llegamos ¿qué hemos hecho?*

*¡Indolentes! Nos hemos conformado
con vivir sin señores y sin reyes;
pero hemos, ¡miserables!, conservado
los códigos sangrientos de sus leyes.
(La independencia, antología de la poesía hispanoamericana)*

El juicio corespone al decenio posterior al tranquilo y fructífero periodo del presidente Bulnes, tiempo en el que surgen en Chile nuevas disidencias entre pelucones y pipiolos. El partido liberal dirigido por Victorino Lastarria se ve afectado por la revolución de Francia de 1848, último intento por reavivar los ideales de 1789. El “apóstol Bilbao”, amigo de Lastarria, se encontraba exiliado en París desde 1844 a causa de su ensayo *Sociabilidad chilena*, violento alegato contra el catolicismo, la herencia española, el latifundio y la esclavitud; regresa a Chile en 1849, imbuido de las ideas de Lamennais, Quinet y Michelet. Crea en 1850 la Sociedad de la Igualdad, órgano que representaba los intereses de las clases trabajadoras; dio a conocer entonces otros textos subversivos, *Boletines del espíritu* y *Paroles d’un croyant*, que le valieron la excomunión y un segundo exilio en Perú, donde, por la publicación de *Estudios sobre la vida de Santa Rosa de Lima*, “hermana y modelo de los revolucionarios”, fue nuevamente expulsado en 1855.¹⁶

El poeta Lillo apoyó la actitud contestataria de Bilbao en Chile y en Perú. Pero, aunque renegó de su decorativa participación en el gobierno de Bulnes, su nombre fue consagrado, paradójicamente, por el nacionalismo progresista que gobernó a Chile desde entonces, no por las opciones socialistas que recogieron las ruinas de una triada: *libertad. Igualdad, fraternidad.*

¹⁶ Bilbao termina sus días en París, en 1863. Datos tomados de Abramson, Pierre Luc, “La revolución chilena (1848-1852).” *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX* 91-100.

3- La casa, el hombre, el orden

Las serie metafórica que nos precede, *la casa, el hombre, el orden*, no acusa secreto alguno, tiene la clara intención de subsumir en una imagen familiar lo que acontece en la vida cívica. En ambas dimensiones, en el ámbito personal y en el ámbito público, se discute, se realizan apropiaciones para cavar cimientos, se perfila el tipo humano que allí crecerá, y se acuerdan las normas de convivencia a seguir. Nuestras páginas nacieron de ese asombro, de observar que el programa de ambos himnos chilenos, en tiempos históricos diferenciados, contemplaba el ajuste de los mismos aspectos. Nos propusimos revisar la correspondencia de estos ejes semánticos en sus respectivos momentos de su escritura.

Sostuvimos, al comienzo del trabajo, que no había rupturas sustanciales de un texto a otro. Al cierre de estas páginas la afirmación se relativiza, porque en el estudio que atañe a los dos primeros ejes —*casa/territorio, hombre/etnias*— las variables son sólo de tipo estilístico, obedecen, respectivamente, a modos de escritura de época, al vigor neoclásico y a la ensoñación romántica; pero en el tercer eje la correspondencia parece quebrarse: los modelos de *orden y república* de ambos himnos, pese al respeto que Lillo profesa por la generación de la independencia, pese a su posterior adhesión al pensamiento de Bilbao, no son en 1819 los mismos que en 1847. Si bien está claro que un poema proclama el derecho a la soberanía y otro la ostenta, son los valores del mundo clásico sostenidos por los primeros republicanos, *lo bueno, lo bello, lo verdadero, lo útil*, los que se cuestionan a mediados del siglo diecinueve.¹⁷ Tal vez porque los condicionamientos históricos demandaban programas menos difusos, porque el “saber” de la ilustración exigía ser transmutado en el “ser” de la acción, o porque el utópico y espiritualista concepto de *ciudadano virtuoso* incomodaba a la dinámica progresista, dos líneas políticas se constituyen entonces

¹⁷ Una figura ineludible en este proceso es la del explorador Alejandro von Humboldt (Berlín, 1769-1859), quien, para combatir los excesos del método empírico, instó a la contemplación del todo en el que se insertan las partes. Sostuvo que las fuerzas materiales y las que rigen el mundo moral actúan respondiendo a necesidades primordiales que se renuevan periódicamente, que el poder de las sociedades humanas es la inteligencia, saber que debe reflejarse en las ciencias y en la participación activa en el mundo industrial. “Lo verdadero, lo bello y lo bueno se encuentran unidos a lo útil”. (Introducción a *Cosmos, ensayo de una descripción física del mundo. Humboldt, Ritter, Vidal de La Blache y otros* 64)

como opciones simultáneas para el futuro de Chile: el liberalismo y el socialismo.¹⁸

Nos mueve una convicción: los himnos nacionales son textos fundantes, conforman la identidad de un país, sus caracteres y deseos. De esta manera, a modo de ligero apéndice, hablamos de la vigencia de sus representaciones. Extendemos a nuestros días la *problemática territorial* de Chile y citamos los conflictos limítrofes ocurridos con Argentina: el problema de la puna de Atacama en 1896; la discusión en torno al lago Nahuel Huapi, el lago Viedma, el estuario de Última Esperanza en 1902; el enfrentamiento por el Canal de Beagle, 1999. Citamos el éxodo de la *araucanía* cuando España construyó la segunda central hidroeléctrica en la zona del Bio Bio, 1977; citamos la existencia de múltiples banderas araucanas, la simbología propia de los mapuches, quienes, pese a los esfuerzos gubernamentales por implementar estrategias de inclusión, insisten en la recuperación de la tierra para conservar su cultura, insisten en el derecho a la autodeterminación y a la doble ciudadanía. Y citamos la evolución de la coyuntura *liberalismo / socialismo* en el periodo democratizador que va desde 1938 hasta 1973: la que permitió que se gestara el nacimiento del Frente Popular; la que, en marcos constitucionales, logró que gobiernos como los de Frei y Lagos fueran sucedidos por presidentes socialistas.

Finalmente pensamos que, si los himnos resultan de la necesidad de equilibrar el carácter provisorio de los acontecimientos con emblemas menos percederos, si son un compacto de formas que unen lo que en el mundo real aparece disociado, el hecho de que Chile haya rotado sus cantos nacionales, dice, en el periodo que va de un poema a otro, de circunstancias igualmente desmembradas. Como si, tras la persistencia de los síntomas, un segundo imaginario hubiera querido recordar el proyecto inconcluso del primero. Las fisuras, las preguntas pendientes a mediados del siglo diecinueve son, pues, las mismas que formularon los independentistas y quizá las mismas que hoy se plantea el gobierno de Michelle Bachelet: *¿cómo crear la identidad de una nación cuando dentro de ella hay otra? ¿qué ficción republicana salva las grietas sociales?*

¹⁸ Piénsese en el *Fausto* de Goethe, en los límites del saber puro, cuando Homúnculo, el hombre artificial, se dispone a aventurarse por el mundo y le ordena a Wagner quedarse en casa haciendo cosas importantes, “desenrollando pergaminos” (acto II, laboratorio).

Bibliografía

- Abramson, Pierre Luc. *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*. México: FCE, 1999.
- Amunátegui, Miguel Luis. *Juicio crítico sobre algunos poetas hispanoamericanos*. Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril, 1861.
- Ansaldi, Waldo. Comp. *Calidoscopio latinoamericano*. Buenos Aires: Ariel Historia, 2003.
- Baczko, Bronislaw. *Los imaginarios sociales*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1991.
- Bello, Andrés. "Las repúblicas hispanoamericanas." *El Araucano*. Santiago de Chile 1848. México: UNAM, 1978. [Cuadernos de Cultura Latinoamericana 11]
- Bengoa, José. *La emergencia indígena en América Latina*. Santiago de Chile: FCE, 2000.
- Bilbao, Francisco. *Iniciativa de la América*. México: UNAM, 1978. [Cuadernos de Cultura Latinoamericana 3]
- Blasi Brambilla. Comp. *La independencia, antología de la poesía hispanoamericana*. Buenos Aires: Huemul, 1967.
- Bluche Frédéric, Rials Stéphane, Tlard Jean. *La révolution française*. París: PUF, 2003.
- De Ramón, Armando. *Breve historia de Chile*. Buenos Aires: Biblos, 2001.
- Diccionario de Autoridades*, 1726. Madrid: Gredos, 1980.
- Doménech, Antoni. "Individuo, comunidad y ciudadanía." Universidad de Barcelona: GRECS, Grup fr Recerca en Ètica i Epistemologia de les CCSS, 2001.
- Doménech, Antoni. *El eclipse de la fraternidad*. Barcelona: Crítica, 2004.
- Espinosa Moraga, Oscar. *El aislamiento de Chile*. Santiago de Chile: Nacimiento, 1961.
- Galdames, Luis. *Historia de Chile*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1950.
- Ghiano, Juan Carlos. "Estudio preliminar." *Andrés Bello*. Buenos Aires: CEAL, 1993.
- Goldman, Lucien. *La ilustración y la sociedad actual*. Venezuela: Monte Ávila, 1978.
- Grieco y Bavio, Alfredo. "Las revoluciones del 48 son mucho más que un eco." *Página 12*, marzo 1, 1998.
- Humboldt, Ritter. *Vidal de La Blache*. Buenos Aires: CEAL, 1987.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Historia de la poesía hispanoamericana*. Santander: Aldus, 1911.

Ana Tissera

- Monserrat, Gabriel. *El poema del Himno Nacional Argentino*. Buenos Aires: Librería del Colegio, 1932.
- Pinto Rodríguez, Jorge. *De la inclusión a la exclusión*. Santiago: IDEA-Universidad de Chile, 2000.
- Puig, Juan de la Cruz. *Antología de poetas argentinos*, IV. Buenos Aires: Martín Biedma, 1910.
- Oieni, Vicente. "Imaginar al ciudadano virtuoso. Introducción al concepto de ciudadano en el proceso de emancipación en el Río de la Plata." Waldo Ansaldi. *Caleidoscopio latinoamericano*. Buenos Aires: Ariel, 2004.
- Torres Caicedo, José María. *Ensayos biográficos y de crítica literaria*. París: Guillaumin, 1863.
- Valencia Avaria, Luis. *Símbolos patrios*. Santiago de Chile: Gabriela Mistral, 1974.

D. R. © Ana Tissera, México, D. F., enero-junio, 2008.

RECEPCIÓN: Mayo de 2008

ACEPTACIÓN: Agosto de 2004